

CAPÍTULO 14

—Un café. Gracias por la invitación. Será un placer compartir un rato en su mesa, cuando el frío muerde y cualquier brebaje nos da energía.

—Así es. Aunque le sorprenda lo que le voy a contar, porque a usted siempre le tuve estima, acabo de salir de la cárcel. Cinco años purgando un robo a un banco donde trabajaba, no obstante, nunca se pudo comprobar en forma clara, cuantos millones sustraje.

—Qué osadía.

—Al final me condenaron por el robo de una cantidad menor de dinero, lo cual contribuyó a aminorar mi condena, aunque se trataba de un monto diez veces mayor. El banco no podía justificar la cantidad robada. De hacerlo, podía ser investigado por lavado de dinero. Imagino que usted oyó hablar del desfalco del Banco Santa Inocencia de Valparaíso en 1990, donde yo era funcionaria.

—Sí, lo recuerdo, pues tuvo mucha repercusión.

—Mire profesor. Robé el banco porque sentía necesidad de demostrar que estas instituciones abusan del público, lo esquilman y en vez de otorgarles ayuda, lo empobrecen con

saña. La dictadura cívico militar a partir de 1973, había contribuido a crear las condiciones para este saqueo. Estudié su sistema de seguridad y al cabo de meses, encontré la fórmula de cómo vulnerarlo. Yo no tenía necesidad de robar, pues trabajaba ahí, encargada de las inversiones internacionales.

—Son instituciones que funcionan al amparo de la ley y son legales, aunque usted las califique de explotadoras.

—Así es, pero la ley protege por norma a los delincuentes vinculados a la oligarquía, que a diario roban y se jactan de ello.

—Respeto su punto de vista, señora del Real, sin embargo, los bancos ayudan al desarrollo del país.

—Pamplinas; yo pienso en la gente modesta que pide un préstamo, y al cabo de dos años, profesor, lo devuelve al banco multiplicado por tres.

—A nadie se le obliga a pedir dinero. Es una opción personal.

—Quizá usted recuerde lo que dijo Bertold Brecht: “No sé quién es más ladrón; quien funda un banco o quien lo roba”.

—Si sabía lo de Brecht a quien admiro, pero él jugaba mucho a expresar opiniones polémicas en sus obras de teatro, por amor a escandalizar y a burlarse de las instituciones de su

país.

—Yo, profesor Alcántara, robé el banco en homenaje a Brecht, porque lo admiro. Así es. Le parecerá una extravagancia, pero se ajusta a mi propósito de restituir al pobre, lo que le han esquilado desde que nace. Usted y muy bien lo recuerdo, en sus clases de historia nos enseñaba cómo nuestra sociedad se ha formado en base a las injusticias, a la explotación y al abuso del poder.

—No lo niego.

—Vea usted profesor. Aunque se ha abolido la esclavitud, hoy continúa con más fuerza que antes. Casos de trata de blancas, de niños que trabajan en faenas para adultos, obreros remunerados con un plato de comida. Ahora se fabrican armas, tal si fuesen golosinas para la niñez. El dinero robado lo distribuí en las poblaciones, como una manera de compensar a esa gente de por vida abusada.

—Suenas justo desde su perspectiva altruista, pero el procedimiento tiene sus inconvenientes, señora Herminia.

—¿Cuál por ejemplo?

—Uno se puede sentir con derecho a privar de sus pertenencias a alguien y lo despoja de ellas. Especie de rapiña descontrolada, donde el más fuerte impondrá su criterio. De por medio se producirían homicidios, venganzas y la crisis se

instalaría en la sociedad.

—A nuestra civilización, profesor, le quedan a lo sumo tres siglos de existencia. Su régimen lo veo agotado. Vivimos en permanente crisis, profesor Alcántara. Apurarla, quizá contribuya a cambiar nuestro sistema de abusos y se produzca el renacer...

—Discrepo señora del Real de sus ideas vinculadas a la anarquía, y por favor no lo tome como descalificación. Bien podría ese renacer del cual usted habla, el inicio del caos sin retorno de nuestra sociedad y ello terminaría por destruir sus bases. ¿Acaso ahí se encuentra el objetivo final de su pensamiento?

—Usted ha acertado profesor Alcántara. Hacia allá me gustaría llegar.

En ese instante, su compañera de cama le decía casi en susurro:

—Veo que no has podido dormir desde hace rato. ¿Te sientes mal?

Javier la abrazaba y ella volvía a hablar:

—Siento que recuerdas al amor que dejaste en la cabaña. ¿Quién no? Yo también me acuerdo del mío, pero él habría muerto hace años. Eso me dijeron para consolarme, mientras que yo sigo creyendo que el badulaque anda por ahí

enamorando a otras mujeres. Cuando te conocí, me dejó de importar. ¿Sabes? Me irrita andar por ahí gimiendo mis desgracias.

—Todos las tenemos.

—Para olvidarlo, me puse a escribir poesía, pues mi mamá me enseñó el oficio. Por ahí andan los escritos, metidos en baúles, pero quiero olvidarlos. ¿De qué sirve el recuerdo, si son incapaces de restituírnos el pasado? En cierta oportunidad, creí ver a Eulalio, abrazado a una mujer, mientras él cogía de la mano a una niñita. Me enceguecieron los celos, sin embargo, después entendí que, si él era feliz a su modo, yo debía alejarme.

Arribó el silencio junto a la quietud de esa hora. A modo de acallar las ausencias mutuas, el ramalazo de recuerdos disueltos en la lejanía, buscaron el amor. Lloraban y entre gemidos se abrían a la única certeza de la vida, que algunos llaman “placer carnal” y otros, “la fuga de la pasión”.

Andante

A la mañana siguiente, Luis y Javier concurrían a un almacén a abastecerse. Si en otras ocasiones se hacían bromas, hablaban necedades y se reían, en esta oportunidad

privilegiaban la medida. La seriedad que traían desde sus hogares, se dilataba, mientras parecían sentirse incómodos.